



Núm. 24  
Noviembre 2008

# Entre tanto

Suplemento de *Cuartilla*, gaceta de la Facultad de Economía

Juan A. Vázquez\*

## El laberinto de la crisis

Conferencia magistral impartida en la Facultad de Economía con motivo de su visita a la UNAM

Es un verdadero honor estar en esta querida Universidad Nacional Autónoma de México, con la que he tenido ocasión de estrechar vínculos gracias a la colaboración de varios años con mi querido amigo el Rector Juan Ramón de la Fuente.

Ya se ha escrito tanto de la crisis que no sé si queda algo por decir. Pero no creo que sean tiempos para hablar de otras cosas, especialmente en una Facultad de Economía. Así que para volver sobre ella, solicito su indulgencia si repito cosas que ya han sido dichas y su comprensión si, ante expertos como ustedes, en vez de adentrarme en profundidades técnicas tomo el camino de tratar de hacer simple lo complejo, porque estoy convencido que, llegados a cierto punto, para resolver las complejidades hay que retornar a la sencillez. La economía puede resultar compleja, insondable, incomprensible, pero es en ese punto donde hay que procurar hacerla tan sencilla que pueda explicarse con la lógica de nuestra particular economía doméstica, aunque ahora nos sintamos desconcertados con la naturaleza de esta crisis.

En esta crisis hay de todo. Confluyen en ella tantos factores, capaces cada uno por sí solo de provocar una crisis que, como se ha dicho, se ha convertido en la "tormenta perfecta". Como en las tormentas tropicales se ha fraguando en el océano un huracán de efectos devastadores al tocar tierra, que ha hecho que el paisaje de antes y después ya no sea el mismo. Elementos no han faltado para la trama: la gasolina y el ladrillo, los especuladores y las hipotecas, la



energía y los alimentos, las alegrías del festín y las tristezas de la miseria, los americanos y los chinos, los otros pero también los nuestros. El caso es que la crisis es como un laberinto, en el que igual podemos encontrar la luz al final del túnel que perdernos sin remedio por no encontrar la salida.

Se comprende por eso una inicial quietud ante la duda. Se entiende que los primeros pasos hayan sido en zigzag y que haya dominado el desconcierto. Pero para evitar pérdidas habrá que saber orientarse, recurriendo quizá a los más fiables puntos cardinales de la economía, a sus fundamentales esencias, a algunos elementales principios de la ciencia económica que cada uno podría aplicar en su propia casa y que nos dicen que antes de entrar hay que dejar salir, que para comprar hay que vender y que para repartir hay que crear.

### Antes de entrar, dejen salir

Entre los ruidos de la crisis, me ha parecido oír desde el principio este murmullo: antes de entrar, dejen salir. Aunque ahora parece haberse convertido en un gigantesco casino que encumbra las apuestas más audaces, ya se sabe que la economía tiene un componente psicológico y que vive en un mundo de expectativas en que si todos creen que la bolsa ha de subir, sube, y si consideran que ha de bajar, baja. Y lo primero que ha puesto de manifiesto es que hay que salir antes de entrar o, dicho de otro modo, para volver a entrar parece que primero hay que dejar espacio al salir, al menos en el ámbito financiero.

Lo financiero ha alcanzado tal tamaño, tal dimensión global y tal autonomía que ya no se sabe quién ni cómo lo gobierna y si guarda alguna relación

\* Catedrático de Economía Aplicada,  
Ex Rector de la Universidad de Oviedo,  
Ex Presidente de la CRUE.

con el mundo real de la economía. Lo que hay es un incesante y descontrolado movimiento de billetes, valores, acciones, bonos, créditos, depósitos, apuntes bancarios; de documentos timbrados con valor de cambio y desconocido valor de uso; de papeles a los que damos el valor de la confianza hasta que la desconfianza los deja sin valor.

Algo así es lo que ha ocurrido con las hipotecas basura, con esas malditas "subprime" convertidas en colilla capaz de provocar el incendio del bosque, en pequeño virus informático que circula por el sistema y que nos ha metido el miedo de encender el ordenador. A base de vender y revender, de colocar y componer, de adornar con lazos cajas vacías, de rellenar con basura bolsas de diseño, se ha instalado una desconfianza, un recelo y un temor que, por miedo a tener las cañerías contaminadas, ha cerrado por completo el grifo del crédito.

Por eso lo primero era detectar, aflojar, dejar salir la contaminación acumulada. Por eso, como en los vagones del metro, antes de entrar había que dejar salir, para separar el trigo de la paja, lo sólido de lo insolvente, lo real de lo ficticio, para depurar el sistema y devolver las cosas a su sitio, no sólo en el mundo financiero sino en el de la construcción y otros sectores, para sanear el aire viciado y dejar espacio libre para que vuelvan a entrar los que todavía esperan a lo que tiene que salir.

Por eso, para afrontar una parálisis del crédito que ha actuado como multiplicador de la crisis, ha sido necesario inyectar liquidez en el sistema, por más que reguladores como el Banco Central Europeo hayan mantenido iniciales y comprensibles resistencias por temor a activar otro de los focos de la crisis, el de la inflación.

Y por eso, ante el temor de un derrumbe del sistema que se ha cobrado emblemáticas e insospechadas víctimas, ante una crisis que se ha convertido en sistémica, ante el temor a la generalización del pánico entre los ahorradores y depositantes, han sido necesarios costosos y discutibles planes de salvamento financiero en todo el mundo, que no han dejado de suscitar comprensibles críticas por lo que comporta como proceso de "socialización de pérdidas" y que yo mismo no dejo de considerar rechazables desde un punto de vista conceptual pero inevitables desde un punto de vista operativo. Ahora que se han llenado los pantanos secos del crédito, hemos descubierto que no fluye porque están rotas las

tuberías de distribución, y eso es lo que todavía queda por reparar. No es ésta la solución a los problemas, pero sí la dolorosa terapia de choque imprescindible para estabilizar al enfermo antes de planificar su operación.

### Para comprar hay que vender

Para la operación quirúrgica ya se requiere otro instrumental y otros análisis. Si hemos abierto el grifo del crédito ha sido para lubricar los motores de la actividad, si hemos ido en auxilio de los bancos no habrá que dejar sin auxilio a los parados, si hemos salvado al sistema financiero ha sido para salvar la economía real. Si aplicamos una terapia de choque para salvar la coyuntura, tendrá que ser para centrarse en la estructura y afrontar imprescindibles cambios en el modelo económico. Hasta ahora, ante la urgencia de la crisis, nos hemos centrado en la economía financiera y habrá que volver pronto y durante bastante tiempo se notarán los efectos de la crisis. Si nos preocupa la escasez del crédito, tendrá que ocuparnos la evolución de la inflación, del déficit público y del empleo. Pero, además, tendremos que volver la vista sobre ese otro indicador premeditadamente ignorado que nos informa del resultado de nuestro saldo exterior, porque en él también encontramos una de las explicaciones de la crisis.

Pongamos el caso de España. Incluso cuando todo iba bien ese ignorado saldo ya iba mal, con el piloto rojo del déficit exterior encendido en pleno vuelo advirtiendo de la necesidad de aterrizar de una ficción que estaba empezando a dejar de funcionar. La ficción de que compramos fuera más (bastante más) de lo que vendemos. Y eso quiere decir que gastamos más de lo que tenemos, que recurrimos al ahorro foráneo para el consumo interno, que nos financian desde el exterior nuestro bienestar, que vivimos por encima de nuestras posibilidades, que nos hemos retrasado en productividad y que nuestra economía ha perdido competitividad.

Para comprar hay que vender y para equilibrar el saldo exterior solo cabe hacer dos cosas: o compramos menos o vendemos más. No sé si estamos dispuestos a comprar menos, a reducir nuestro consumo, a rebajar nuestro nivel de vida y de bienestar, más allá de una imprescindible reducción de la

factura energética, que no es cosa de hoy para mañana. Aunque tampoco sea tarea para un solo día, por eso, sólo nos queda la solución de vender más, de producir más, de mejorar la productividad, de avanzar en la ciencia y la innovación, de diversificar sectores y productos, de contar con más empresa y emprendedores y, en fin, de cambiar los motores de nuestra economía y ganar en competitividad.

Eso es lo que tenemos que hacer, lo difícil que nos queda por hacer, lo que no podemos dejar de hacer. Si necesitan una guía para juzgar las medidas que cada día se anuncian, ya la tienen: las buenas serán las que contribuyan a aumentar la producción, la exportación y la competitividad de nuestra economía. Y habrá que hacerlo en un marco más difícil y en escenarios más complejos en los que la alteración de precios, la presión de la demanda y la emergencia de nuevos agentes revelan que estamos asistiendo a un proceso de reajuste y redistribución de la riqueza y el bienestar mundial. De lo contrario, seguiremos por un camino que no conduce a la solución sino a la huída hacia delante de un endeudamiento externo cada vez más costoso y difícil y que desemboca hipotecando activos de nuestras economías.

### Para repartir hay que crear

Producir, exportar, competir, crecer. Pero también proteger, preservar derechos, mantener prestaciones del bienestar, han de formar parte principal del vocabulario y de los objetivos en esta etapa de crisis. La eficiencia no tiene porque estar reñida con la equidad y las medidas ante una crisis que recaen sobre el conjunto de los ciudadanos, que afecta más intensamente a los colectivos más desfavorecidos, que amenaza con llevarse por delante derechos y protecciones, no pueden olvidar el acento social, a condición de que no se queden sólo en el acento.

Para repartir hay que crear, pero la crisis pone precisamente en cuestión ese principio, agudiza la contradicción que hace más necesaria la distribución cuando menor es el crecimiento, aumenta la brecha del desequilibrio entre unos ingresos sensiblemente a la baja y unos gastos imparablemente al alza para conducir ineludiblemente al déficit. El déficit público será inevitable, incluso necesario para no recortar derechos. ¿Pero cuánto?, ¿hasta cuán-

do?, un déficit que no se debe llegar a desbocar y que a la vez que protege agudiza otras tensiones de la crisis. ¿Y hay algo más, algo distinto, que podamos hacer?

Ahorrar habrá que ahorrar, hasta un punto que no llegue a ahogar más al consumo, pero más que una verdadera solución parece una necesaria medida paliativa. El ahorro, la contención de gastos, la supresión de partidas superfluas es imprescindible, pero puede quedarse sólo en un gesto en el sector público y no pasar de la pura cosmética en el sector privado. Congelar sueldos directivos mientras se reducen drásticamente las plantillas no deja de ser una cruel ironía que evoca la distancia que media entre “ajustarse el cinturón” y “poner la soga al cuello”. Pero hace falta algo más.

Acostumbrados a repartir la abundancia ha llegado el tiempo de acertar a administrar la escasez, de consolidar estilos de gobierno conscientes de que gestionar es elegir y que gobernar es priorizar, para no caer en la ficción del cuento de los derechos sin cuentas. Ahora que con la crisis necesitamos más protecciones, que nos prometen más protecciones aunque no nos digan cómo, aunque no sepamos si se van a poder afrontar, convendría reflexionar con rigor sobre el modo de sostener las políticas del bienestar para no quedarse solo en una simple declaración de buenas intenciones, porque de poco sirve el voluntarismo de los gestos sin el respaldo de consistentes planes, porque no basta con afirmar sino que hay que afianzar unos avances modernizadores de derechos ciudadanos que no se sostienen si no se dispone de los recursos necesarios para mantenerlos.

Es, pues, momento para reflexionar seriamente, consensuadamente, sobre el alcance, los contenidos y los modos de reconstrucción de las provisiones del bienestar, porque evitar su desbordamiento o su crisis requiere antes que resistir, cambiar; antes que mantener, transformar; antes que resignarse, atreverse a reinventarlas; porque sólo lo que verdaderamente se transforma se puede conservar.

No es de extrañar, por todo esto, que la crisis se parezca a un laberinto. Pero no, quizá más que un laberinto esta crisis sea una encrucijada, que es lo contrario a un callejón sin salida. Y como en toda encrucijada, la clave está en acertar con el camino, porque sólo en el cuento de Alicia para llegar al destino basta con caminar lo bastante.



## La encrucijada y el camino

Estamos en una encrucijada y no se si acertaremos a dar con el camino. Yo, desde luego, no voy a atreverme a hacerlo y entre los dos tipos en que Krugman dividía a los economistas, “los profesores” y los “vendedores de políticas económicas”, prefiero situarme entre los primeros. Gurús ya hemos tenido, además, bastantes y no siempre muy acertados y ya es conocido que los economistas resultan más certeros con el pasado que con el futuro y que se ha llegado a caricaturizar al economista como el que explica mañana porque no se ha cumplido hoy lo que predijo ayer, aunque debería ocurrirnos como a los médicos, a los que se pide que curen la enfermedad, no que la prevean.

Se ha escrito mucho sobre la crisis, pero se ha dicho poco todavía sobre el mejor modo para recomponer una situación que nos tiene aun apagando fuegos, que requerirá tiempo para enfriar los rescoldos y de la que habrá que sacar algunas lecciones que recomiendan, a mi modo de ver, poner realidad donde ha habido mucha ficción y moderación donde ha habido demasiados excesos.

No estamos todavía al final del túnel ni se atisba la luz de la salida de una crisis en que ha habido que acudir con urgencia al rescate de los excesos del mundo financiero antes de prestar auxilio a los problemas de la economía real. Pero todavía nos quedan por afrontar las dificultades que nos esperan con la caída de la actividad y el crecimiento, el aumento del déficit, el incremento del desempleo, las crisis empresariales o el

repunte de la inflación. Después de la crisis financiera, ocuparán la escena los problemas de la economía real con la llegada de un ciclo recesivo que se prolongará durante un período que nadie puede aventurar pero que no será cosa sólo de meses. Ha habido que apuntalar emblemáticos edificios financieros para evitar nuevos derrumbes, pero habrá que diseñar todavía la arquitectura para la reconstrucción de un nuevo escenario en el que los tiempos de una economía bendecida por un ciclo de inflación baja y crecimiento rápido, difícilmente se volverán a repetir.

Tampoco será fácil mantener los excesos de un gasto y un consumo que nos ha permitido vivir por encima de nuestras posibilidades, que nos han conducido a un fuerte endeudamiento que se nos devuelve del revés y dibuja un profundo proceso de redistribución de la renta y la riqueza mundial. Con ser bastante, no es sólo que mil millones de chinos aspiren legítimamente a salir de la pobreza, sino que ahora países como la propia China, India, Rusia, Singapur o los del Golfo Pérsico cuentan para hacerlo con los recursos que se han acumulado en los “fondos soberanos” (la Abu Dhabi Investment Authority ha estimado poseer bienes de capital de 875 mil millones de dólares), integrando los dólares acumulados en la economía global y ocupando paulatinamente posiciones estratégicas en el “corazón del sistema”. Sin necesidad de recurrir a ejemplos para expertos, ¿no hemos visto esto ya en la compra de equipos de fútbol de la “premier league” inglesa?

Más allá de las convulsiones financieras, la crisis ha servido para mostrar la ficción sobre la que se asienta un



sistema que bajo la apariencia de certidumbre esconde mucha incertidumbre, que tiene mucho de economía de artificio; de un mercado global que cobra el aspecto de una nueva forma de irresponsabilidad organizada; de un capitalismo cautivador, enmascarado, dominador bajo formas suaves que mantiene paradojas obscenas, que invita a lo que niega, que iguala en las ideas y las costumbres y diferencia en las oportunidades.

Bajo el ropaje de un pensamiento único en el que la única disidencia parecía provenir de la realidad, ha habido también mucha ficción y no pocos excesos que toca ahora reconducir. La fe ciega en el mercado se ha resquebrajado y habrá que volver a las fuentes para admitir con Adam Smith el poder del mercado y, al mismo tiempo, reconocer sus límites. No, no es sólo un debate doctrinal que ha encubierto mucha ideología e intereses y en el que curiosamente la izquierda se ha decantado por intentar que los mercados funcionen y la derecha no ha puesto reparos a estados fuertes para la defensa del sistema y a la intervención estatal. Es que la realidad nos ha mostrado a donde conduce una absoluta desorganización de los mercados, que los gobiernos han debido sustituir a los mercados y que, vista la experiencia, se necesitarán regulaciones en un mundo que hemos descubierto que carecía de las más elementales para el propio funcionamiento de los mercados. ¿O es que la libertad de conducir resulta incompatible con la existencia de normas de tráfico?

Entre tanto exceso, se han puesto de relieve también no pocas limitaciones y carencias. Las de una economía que, a pesar de que ha incrementado enormemente su potencial analítico, choca con serias limitaciones para resolver

los grandes problemas de la sociedad. Las de una economía y unas políticas económicas que no han digerido ni comprendido todavía convenientemente las nuevas realidades de una era de globalización que requiere replantear la arquitectura económica internacional y procurar una globalización más humana, efectiva y equitativa. Y las limitaciones de unos gobiernos que, de cantar las excelencias del crecimiento, han debido pasar, a remolque y con resistencias, a admitir la realidad de una crisis que les ha dejado perplejos y en un estado de desconcierto, como se ha visto con la inicial falta de capacidad europea para disponer de planes, de medidas, de instituciones para afrontar conjuntamente la crisis.

Para esta crisis, como decía al principio, ya se han buscado todo tipo de símiles: el de la tormenta perfecta, el de la caída del muro de Berlín, el del derrumbe de las torres gemelas de la economía. Y, en efecto, cada día, ha habido más ruinas de iconos que se han tambaleado con un soplo, que se han desplomado con estrépito ante la fuerza del huracán. En poco tiempo, ya nada parece igual y sorprende la fragilidad de un sistema aparentemente blindado en que, casi sin transición, se han traspasado fronteras que han convertido de un plumazo lo solvente en insolvente, las sospechas en certezas y el crecimiento en crisis global. "Mientras menos lo entiendo, más lo creo": no pidamos otras interpretaciones porque en Santa Teresa encontramos la explicación. Nos han hablado de la enfermedad y de la complejidad de la operación, pero nadie aventura el tiempo que pasará hasta que podamos celebrar la recuperación. Como en una pesadilla, parece el sueño de nunca acabar.

Algún día se escribirá la jugosa historia de la trastienda de la crisis y quizá podamos sentir el sonido del abismo al que nos hemos asomado en las palabras del Secretario del Tesoro y del Presidente de la Reserva Federal americana: "sin el plan (de los setecientos mil millones de dólares), el lunes nos quedamos sin economía". La gente ha llegado incluso a aprender los nombres de Paulson y Bernake. ¿Pero quien está a los mandos de este desbocado sistema financiero?. Hemos visto políticos y economistas con gesto de desconcierto, pero el gesto de los actores del desconcierto es lo que no hemos podido llegar a ver. La sensación es que, ante la perplejidad, han dominado los gestos. La política son gestos, pero no sólo gestos. La economía tiene mucho de expectativas, aunque no sólo de expectativas. Juntos, los gestos y las expectativas han tomado la escena y compuesto la mímica fundamental de estas semanas de crisis. ¿Pero hay algo más detrás?

Para hacer que el desconcierto compartido pudiese asemejarse a algún modo de concierto, ha habido reuniones sin fin. Para evitar deslizarse hacia abajo por la pendiente, se han organizado cumbres de todo nivel. Ha habido encuentros políticos de dos, de cuatro en cuatro, de muchos en muchos y políticos que se han encontrado en la más absoluta soledad. Hemos observado a banqueros habitualmente mudos transformados en banqueros inusualmente demudados y a financieros, "brokers" e inversores al borde de un ataque de nervios. Hemos visto a la izquierda defendiendo el mercado y a la derecha propugnando la intervención. Hemos visto al gobierno sustituir al mercado y hasta proceder a la nacionalización. ¿Políticos sin

ideas e intelectuales sin poder?, como se preguntaba un reciente coloquio celebrado en la ciudad de Barcelona. Aquí, quien mejor ha mantenido el tipo ha sido la ciudadanía que, sin entender gran cosa, ha evitado una desordenada estampida que da vértigo pensar lo que habría podido originar. Al ritmo que se suceden las cosas, ¿quién sabe lo que todavía tendremos de ver?.

Poco resultado para tanto espectáculo. Poca acción para tanto gesto, esperando tan sólo que empiece a escampar. Quizá porque no hay demasiados resortes para afrontar esta crisis, porque no están al alcance de todos, porque tenemos tan limitados instrumentos de política económica como si tratásemos de despegar a pedales un potente reactor. Quizá porque todo se ha ido de las manos a todos en este gigantesco casino en que se ha convertido la economía. Quizá porque vivimos en un mercado global que cobra el aspecto de una nueva forma de irresponsabilidad organizada y en una era de globalización de escaparate y de trastienda, de eficiencias y de inequidades.

Como decía al principio, se ha escrito mucho sobre la crisis, pero se ha dicho poco todavía sobre el mejor modo para recomponer una situación que nos tiene aun apagando fuegos, que requerirá tiempo para enfriar los rescoldos, aunque empiezan a apuntarse algunas líneas de lo que habrá que hacer, de lo que podemos hacer a partir de ahora, y a modo de resumen final a ello me referiré ya de un modo muy sucinto.

Creo que hay dos grandes ámbitos en los que pueden agruparse las actuaciones. En primer lugar, habrá todavía que consolidar un sistema financiero que ha quedado herido, en el que se vivirán movimientos de concentración y en que requiere recobrar una confianza que se ha resquebrajado. Habrá que refundar el sistema de relaciones financieras internacionales al modo de Bretón Woods, que construir una nueva arquitectura económica internacional, que reforzar las regulaciones y que estrechar la cooperación económica internacional para que una economía global cuente con instituciones globales que la manejen. Tras la parálisis inicial, la cooperación conjunta europea ha marcado un buen camino. El plan de Gordon Brown (el político ganador de la crisis) no sólo ha servido para salvar el momento sino que apunta algunas líneas para el después que

se concretan en la necesidad de una mayor transparencia financiera, en una mayor regulación de los derivados financieros, en un mayor control, en el establecimiento de reglas para definir la liquidez y el capital que han de tener las instituciones financieras, en un aumento de la cooperación internacional y en un descenso de la codicia. No creo que la reunión del G 20 del próximo día 15 de noviembre sea el final de nada, pero confío en que llegue a ser el principio de todo.

Las medidas hasta ahora adoptadas pueden estabilizar el sector financiero, pero no impedirán la transmisión de la crisis a la economía real. Por eso, en segundo lugar, habrá que volver la vista hacia esa economía real, olvidada ante la urgencia y gravedad de los problemas financieros, y adoptar medidas para paliar la recesión que nos acecha. Para ello, habrá que acertar con la orientación de unas políticas económicas convencionales que, por otra parte, cuentan con indudables limitaciones. Por un lado, con una política monetaria que está ya fuera del alcance de los Estados y en manos europeas, que ha de mantener un difícil equilibrio entre las tensiones inflacionistas y las necesidades de reactivación para seguir una senda de reducciones de tipo de interés, que ciertamente no cuentan con un excesivo margen en algunos países, pero que han de contribuir a estimular la recuperación de actividad y a mejorar el acceso al crédito de los consumidores y las empresas. Y, por otro lado, será necesaria una política de estímulo fiscal ante la perspectiva de ralentización económica, que choca con los límites de la progresión del déficit público y del endurecimiento de las condiciones de financiación de la deuda exterior.

Pero esto será insuficiente. Ya he insistido a lo largo de toda la conferencia en esos dos principios básicos de la economía doméstica que nos recuerdan que para comprar hay que vender y que para repartir hay que crear y que nos remiten a la necesidad de proceder a profundas reformas estructurales que mejoren la productividad y la competitividad de nuestra economía, que reemplacen los motores de nuestro modelo de crecimiento económico y que replanteen las bases de nuestro sistema de bienestar.

A algo de eso podemos contribuir desde las universidades que, en medio de tanta incertidumbre, somos un valor seguro y confiable, un espacio para

el análisis, la reflexión y las ideas. Y, para eso, lo primero que tenemos que hacer es acertar a desempeñar nuestra misión, consolidarnos como institución social de referencia que ha de ocupar una posición central y estratégica en esta sociedad del conocimiento, persistir en la senda de cambios y transformaciones que hemos emprendido en estos últimos años.

Si tenemos que seguir cambiando; es en el rubro de la investigación para ganar en excelencia y, al mismo tiempo, en conexión con el sistema productivo y con la sociedad, para convertirnos en una especie de "disco duro" del país, para desempeñar con eficacia una "tercera misión" universitaria más decisiva aún ahora que la crisis evidencia la necesidad de reemplazar los motores del crecimiento económico y presentarnos como alternativa para poner laboratorios donde antes había ladrillos y pensamiento en el vacío que han dejado los derivados financieros. Tenemos que mejorar los resultados de nuestra actividad formativa y revisar el "qué" y el "cómo" de nuestras enseñanzas para acercarlas a las necesidades sociales y al sistema productivo, como nos propone el Espacio Europeo de Educación Superior. Y tenemos que tener una universidad definitivamente universalizada e internacionalizada, que ha de poner una de sus prioritarias metas en la construcción de un Espacio Iberoamericano de la Educación y la Investigación, porque nosotros si que nos tenemos todavía que globalizar y porque el porvenir, como decía Wells, "será una carrera entre la educación y la catástrofe".

En fin, ahora ya sabemos a donde conduce una absoluta desorganización de los mercados. Hasta hace poco, la locura se vestía de sensatez y la sensatez de locura en el mundo de la economía y bajo el manto de la racionalidad económica se encubría mucha irracionalidad en la economía. Por eso habrá que estar atentos a la advertencia de la viñeta del diario *El País*: "a ver si vuelve la sensatez a los mercados y podemos seguir con la locura". Pero no, demos una oportunidad al optimismo y quedémonos con la imagen de la "destrucción creativa" de Schumpeter o, acudiendo a la filosofía en vez de a la economía, con las palabras de María Zambrano: "una catástrofe solo es catastrófica si de ella no nace nada que la redima". Y, en eso, es en lo que todavía hemos de confiar y por lo que ahora tenemos que trabajar.



# John Kenneth Galbraith

## Homenaje en el centenario de su natalicio

“Su presencia en la Escuela Nacional de Economía”

Por Ifigenia Martínez

La visita del profesor de la Universidad de Harvard, John Kenneth Galbraith, en la primavera de 1968 a la Escuela Nacional de Economía (ENE) estuvo enmarcada por dos acontecimientos que ocupaban la atención de su comunidad: 1) Los debates sobre la reforma académica de 1967 y 2) La visita de eminentes economistas a su sede, en Ciudad Universitaria.

La entonces ENE vivía una etapa de gran dinamismo y acontecimientos relevantes y dramáticos, tanto en la propia escuela como en la UNAM y en el país. Por primera vez la Junta de Gobierno nombraba a una mujer para dirigir una escuela profesional. En el plantel privaba un ambiente de insatisfacción que había provocado cambios e impedido que los directores precedentes no terminaran normalmente su período; existía inconformidad con el contenido de los programas de licenciatura, consecuencia en parte del activismo crítico de los grupos organizados de izquierda, así como del deseo generalizado de actualizar la enseñanza de la economía, en especial por parte de los maestros que regresaban del extranjero, becados en las mejores universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Estas inquietudes se explican si consideramos que la ENE, por su tradición progresista y de absoluta libertad académica, deseaba contribuir al pleno desarrollo económico y social del país, meta fundamental de varias generaciones, y existía una conciencia crítica de que los avances alcanzados no sólo eran insuficientes sino profundamente inequitativos. Sólo dentro del marco de una economía en expansión orientada por un sistema de planeación democrática se podría alcanzar un desarrollo económico acelerado que elevara el nivel de vida de la población, fortaleciera la independencia económica del país y lo integrara en un conjunto más homogéneo atenuando las disparidades existentes entre regiones geográficas y clases sociales.



En mi discurso de toma de posesión afirmé: “La historia de México ha estado marcada por una sucesión de sacrificios y penalidades para salvar las raíces de las culturas autóctonas, para integrar la nacionalidad, para conservarla, para moldear nuestra estructura social de acuerdo con normas de gran contenido y proyección revolucionarios. La tecnología y la adopción de formas modernas de producción habrán de servirnos, no para desnacionalizarnos o insensibilizarnos ante las injusticias y males sociales, sino por el contrario, para afirmarnos e integrarnos con individualidad propia en el cuadro de un mundo de paz, de justicia y de progreso”.

El hecho de que las estructuras social y económica del país hubieran mostrado un desarrollo desigual provocaba una deficiente relación de interdependencia entre sus elementos constitutivos que impedía alcanzar la integración moderna y democrática de la Nación. Así, la industrialización requería incorporar una tecnología que sólo puede ser producto de un sistema educativo integral y moderno y era evidente la limitada disponibilidad de recursos humanos en

sus diferentes niveles de calificación. Había que considerar que los gastos que satisfacen necesidades sociales como la salud pública, nutrición, seguridad social, vivienda y educación son medios para sostener una mayor productividad, pero también fines deseables en sí mismos, por lo que deben considerarse como una inversión, pero también como un consumo social.

La conciencia de estos rezagos en una economía en rápido crecimiento y la desigual distribución de sus beneficios sin duda subyacen en el gran movimiento social estudiantil de 1968.

Existía por tanto conciencia en la ENE de que para el cumplimiento de esos objetivos se requería una revisión completa del plan de estudios, del contenido de las materias, de los seminarios y de las prácticas cuantitativas, y por primera vez en la vida académica de la UNAM este cambio se realizó con la participación democrática y paritaria de alumnos y profesores. Se estableció una Comisión Mixta paritaria de profesores y alumnos de cerca de 150 miembros que elaboró su propio reglamento, que ordenó el curso de los debates y fructificó en

<sup>1</sup> Aula Magna Jesús Silva Herzog, Facultad de Economía, noviembre 5 de 2008.

El profesor Galbraith nació en Canadá el 15 de octubre de 1905 y murió en Cambridge, Mass., el 26 de mayo de 2006.

un nuevo programa para la enseñanza de la economía a nivel de licenciatura, modernizó las prácticas cuantitativas y los seminarios y estableció y fortaleció la división de estudios superiores para a la brevedad establecer los requerimientos y estudios para la maestría y el doctorado de economía. Estos proyectos fueron debidamente aprobados por el Consejo de la ENE.

El otro programa importante de la ENE fue el de invitar a eminentes economistas de prestigio internacional para participar en conferencias y eventos especiales con el cuerpo docente y los estudiantes de la escuela, con objeto de conocerlos personalmente e intercambiar opiniones con ellos. Dentro de este programa visitaron la ENE Joan Robinson, Michael Kalecki, John y Úrsula Hicks, y de la escuela francesa, Francois Perrault, entre otros. También se recibió al profesor John Kenneth Galbraith, en la primavera de 1968.

La visita del profesor Galbraith, conocido como economista de Estados Unidos, motivó que grupos extremistas, confundiendo con un teórico del capitalismo y de las políticas del libre mercado, efectuaran una intensa campaña propagandística para disuadir a los estudiantes de asistir a su conferencia. No obstante el día del evento ocupaban los primeros lugares, incluso sentados en el suelo, en el abarrotado Auditorio Narciso Bassols, donde se llevó a cabo un animado y prolongado debate.

John Kenneth Galbraith era profesor titular de economía de la Universidad de Harvard desde 1949, había sido embajador en la India (1961-63) y fue uno de los asesores de Nehru y del presidente John F. Kennedy.

El profesor Galbraith estaba familiarizado con la economía de guerra y el control de precios, pues gracias a una administración rigurosa de los recursos reales y humanos de los países aliados en especial de EUA y de la utilización de la naciente disciplina de la contabilidad nacional se lograron evitar las desastrosas inflaciones que siguieron a la Primera Guerra Mundial y que sin duda contribuyeron al advenimiento del nazi-facismo en Europa y a la Segunda Guerra Mundial. El profesor Galbraith disponía ya de una valiosa experiencia práctica y de un talento teórico que lo llevaron a percibir la nueva estructura de poder que se configuró en la posguerra y que analizó en su libro *El nuevo Estado industrial* publicado en 1967. Su independencia académica, ingenio y brillante conversación le ocasiona-



ron algunas enemistades con algunos personajes, pero fueron mucho más sus admiradores.

Existía en los círculos académicos plena conciencia de que los objetivos de crecimiento y reparto equitativo requerían la participación de economistas preparados, en especial considerando el éxito que había tenido en Estados Unidos, Europa y Japón la reconversión de una economía de guerra hacia una de paz, y los cambios en la política económica y social que dieron lugar a tres decenios de crecimiento del ingreso, el comercio y el empleo mundial y que ahora se le llama "la etapa de oro del capitalismo".

Las condiciones de expansión de la economía empezaron a cambiar en el decenio de los setenta (la guerra de Vietnam, devaluación del dólar, alza del precio del petróleo) y abruptamente al inicio de los ochenta con el alza sin precedente de las tasas de interés en perjuicio de los países endeudados en desarrollo. El problema de la deuda externa y el fracaso de las negociaciones Norte-Sur para un Nuevo Orden Económico Internacional en Naciones Unidas propiciaron el advenimiento de la economía neoliberal, que quedó consolidada en el Consenso de Washington y los tratados de libre comercio que fortalecieron el mercado, debilitaron al Estado y le abrieron la puerta a la globalización y a la economía corporativa.

Se considera que el núcleo del pensamiento de Galbraith en economía política está en su famosa y clásica trilogía: *Capitalismo americano* (*American Capitalism*; *The Concept of Countervailing Power*, 1952), *La sociedad opulenta* (*The Affluent Society*) y *El nuevo Estado Industrial* (*The new Industrial State*). En su obra señala que las grandes corporaciones han desplazado a los pequeños negocios

de carácter familiar y al concepto de competencia perfecta, que ya no tiene utilidad en la gran economía de Estados Unidos. Una forma de contrarrestar ese poder es el surgimiento de grandes sindicatos, pero en su otra segunda gran obra (*The Affluent Society*, 1958), contrasta la creciente opulencia del sector privado corporativo con las restricciones del sector público. Con ello demuestra que en los años cincuenta, EUA era un país con una economía en crecimiento y grandes desigualdades sociales en su interior. Finalmente, en el *Nuevo Estado industrial* (*The New Industrial State*, 1957) demuestra que las grandes corporaciones (General Motors y otras) dominan ya el mercado de Estados Unidos como resultado de su tecno-estructura, de la planeación a corto y largo plazo y de su nivel de operaciones que les permite el control de sus mercados.

El crecimiento de la economía corporativa y la crisis actual (2008) revelan el genio de este gran economista y cabe destacar que cuando visitó la Escuela de Economía acababa de publicar la que se considera como su obra más significativa e importante, "*El nuevo Estado industrial*".

John Kenneth Galbraith es sin duda un economista en la tradición de los grandes clásicos: culto y abarcando una variedad de disciplinas contemporáneas. Sobrepasa y con mucho a Milton Friedman y a otros economistas de la escuela neoliberal de Chicago y Montpellier (Hayek, Johnson).

Tuvo una mente brillante, fue devoto escritor y un certero crítico social. Y esto, como economista es ciertamente digno de reconocimiento, por lo cual me uno con entusiasmo al homenaje que le rinde este grupo de distinguidos y dinámicos profesores en la hoy Facultad de Economía.